

**JORGE
ENRIQUE
ADOUM**

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA

Jorge Enrique Adoum nació en Ambato el 29 de junio de 1923. Se educó en el Colegio San Gabriel de Quito. No siguió ninguna carrera universitaria y, más bien, buscó trabajo empleándose como secretario del Sindicato Ferroviario y en la redacción de la revista Oasis, que editaba el Centro Juvenil Árabe. En esa revista publicó sus primeros ensayos poéticos y una pequeña antología de poetas del Grupo Madrugada, con el seudónimo «Ricardo Ariel». Posteriormente viajó a Chile donde fue secretario de Pablo Neruda y se enroló en las filas de izquierda. De regreso al Ecuador ocupó el cargo de Director de la Editorial de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y fue un gran impulsor de la revista Letras del Ecuador, que edita la Institución.

En 1952 ganó el Primer Premio en el Concurso Nacional de Poesía con su libro «Cuadernos de la Tierra». Poste-

riormente, en 1960, obtuvo el Primer Premio continental otorgado por la Casa de las Américas, Cuba, con su poemario «Dios Trajo la Sombra».

La vida le obligó a ejercer cargos como el de Jefe de Talleres Gráficos de los Laboratorios LIFE y Jefe de Publicidad de la Columbia Pictures, en el Ecuador. Ha viajado por varios países de Europa, el Cercano Oriente y Asia, residiendo actualmente en París.

Ha publicado los poemarios «El Libro que Diviniza», «Las Llaves del Reino», «Ecuador Amargo», «Los Cuadernos de la Tierra», «Dios Trajo la Sombra», «Notas del Hijo Pródigo», «Relatos del Extranjero» y «El Dorado y las Ocupaciones Nocturnas». Editó además el libro «Poesía del Siglo XX», donde se consagró como un crítico sobresaliente. Últimamente estrenó en Europa una obra de teatro sobre la Conquista.

De este poeta, cuyas producciones están dedicadas a cantar a la Patria y a su pueblo, damos, en esta vez, dos hermosos poemas que ratifican su posición de hombre y artista.

BARAJA DE LA PATRIA

Patria, golpeada patria, establecida
desde el océano a las cosas: yo amé
tu forma muerta, la estatua errante
de tu polvareda, el cuenco de tu mano
terriblemente joven que nos toca. Y de repente,
del húmedo fondo de donde el campesino
levanta su mercado semanal, yo alzo
para tí la huella descalza de tus hijos,
la sandalia del inca, la pisada
del conquistador sobre el azufre.
Porque como un resucitado, lleno
de vegetales barbas y de tiempo, no soy
sino tu traje de piel y de palabras, sino
la fotografía del que cayó primero, amándote
como pudo, contra el metálico monje de las armaduras.

Cuando pregunto por tu origen, los cántaros,

los escudos, las murallas sostenidas, el eco
de lo que fue tu indígena silencio antes
de la cruz y los caballos; pero te reconozco
en la cabuya y sus espadas secas, he sentido
tu cadera de bosques temblar en las carpinterías,
recuerdo nombres enterrados con sus herramientas
y me basta la altura de tus musgos sin urgencia.

Si la mañana empuja su cerveza al mediodía,
si en la garra litoral del mangle hunde
su garra el puma, si la ola de arroz enarbolada
por las plantaciones, asciende la escalera
de greda y de granito, es en la orilla
de petróleo y tiempo, es en tu mar
dolido, lleno de sangre anual, de asesinadas
construcciones, en donde busco para saludarte
el sombrero sin paz del ahogado, su idioma

olvidado en tus raíces.

Cómo no amar tu límite que asaltan la madera
mojada, el mar y el vecindario; cómo no amar
tu pobre pueblo, su hierbabuena heráldica
que al aire turba; cómo no regresar a las hilachas
de tu costa, a tus canales con su baraja
transparente de sal y territorio, si Agosto
me echa viento y polvo de la patria a lado
y lado, si en medio voy besando su camisa
de arena, desgarrada en tus desgarraduras.

Cuando este viento te lame la cebada,
cuando este canto se riega en mis papeles,
tú me gritas que vuelva a tu nave frutal
encajonada, te siento, están contando
tus cereales sin número, y vuelvo y digo

tu nombre de línea y de varón sobre el pétalo
débil del harapo y sobre tu abundancia ciega,
recojo tus pedazos, tu difícil y suelta
geografía: el volcánico templo y la copa
de vaho, la zona donde el algarrobo crece
su desnudez nocturna, la alta sementera
de aldeas y de indios. Y hay un dintel
de espuma y de intemperie, hay un agua
original que sobre sí se dobla y que abren
con su ataúd sin algodón los panaderos
y con su barca hambrienta y de redes murales
el archipiélago súbito de tus marinerías.

La patria es una fiesta larga que interrumpe
el azar, la diaria cacería, la ceniza: de pronto,
cómo no amar tus huertos y su vestido verde,
si como goterón de sueño persistente cae

el silbo del andamio y tras él el albañil
a su velorio; cómo huir de un día tuyo, lleno
de duraznos y navíos, y no sufrir de tí por todos
lados, y no salir a encontrar tu aurora,
lo que te debe el tiempo desde la edad
del buey que hunde sus pezuñas en la Biblia.

Patria, si amarga casi siempre, dulce patria
cada día, dulce recuerdo de una enredadera
de ventanas y azúcar; ira por la piel que ortigan
con leyes y monedas; rumor de río oral
cuando ruegan al sur por la llovizna; ancha
experiencia de los trenes que a diario recomienzan
tu memoria, toda de polvo y lana, toda de piedra
y nube:

sobre tí, dimensión de lodazal y sangre,
estás tú, contramar de amor y estrella.

**UNA NARANJA PARA
JUAN JOSE**

I

Ayer, 20 de Agosto, por la tarde,
«el indígena Juan José Chicaiza
quiso tomar una naranja que cayó
de un camión; Pedro César Ayala
le dio un puntapié que le quitó la vida».
Lo dice «El Sol» esta mañana, y he leído
la sangre cuatro veces, y he mirado
sin urgencia la sedienta dentadura
de donde habrá salido el alarido,
y sobre el pecho del cadáver, la naranja.

Este hombre era igual a sí mismo
y a nosotros: por su historia
agrícola, por su amorosa entrega
de esposo a la ancha cadera de la tierra.

En otro tiempo la lechuga le desdobló
sus páginas, le obedeció el maíz,
fue el verdadero padre de la hierba.
Y cuando el suelo, ajeno después de la violencia,
echaba a luz un vendaval de trigo,
Juan José siguió amando a las raíces,
preguntándoles la razón de su silencio,
hacía sombra para la hierbabuena,
humedad para el musgo, y combatía
a las tribus errantes del granizo.

II

Juan José, ya viudo de tierra,
bajó con sólo la ciencia herida
de sus manos. El hizo la ciudad
día por día, añadiéndole un hueso.

a cada piedra, un brazo a la columna,
dándole un hijo para la estrella
de la plaza, o una noche hurtada
a su mujer en vela.

Así fue sembrador
y constructor a un tiempo, pastor
de acueductos y sembríos, arriero
de ruelas y de estrellas. Lo anunciaban,
desde lejos, un olor a tapial, un goterón
sobre la sed abierta del templo y del ladrillo,
una mancha de hoja intacta sobre el pecho.

Ya no tenía sino hebras de canción
y de venado: tierra y muro, agua
y dialecto (la triste geografía de otra
época enterrada bajo el álamo), no eran
sino países que le pertenecieron

y que necesitaba. También la luna
le hizo falta: la ajena, inaccesible
luna de la naranja que él había encendido
como un astro verde para el mediodía, llena
de sus señales personales, desde el manto
cumplido de la cáscara, hasta la garra
remota de la espina.

Pero lo han matado
con una cox de odio desbocado,
sin darle tiempo a que pudiera
preguntar un hombre, buscarse un número
en los bolsillos, decir que Agosto
está de nuevo entre nosotros,
y el puntapié rebota de hombre
en hombre y nos está goteando
—golpe y eco, cox y ácido—
en mitad del pueblo y territorio.

III

Este hombre solía caminar sobre su tierra
suya y ni el aire ponía más distancia
entre su pie y el suelo. Solía contar,
una por una, las naranjas que pisoteó
el ganado, las que la hartura abandonó
a su olvido, una por una las que arrojaron
a las telas abiertas del océano, una
por una las que —sobrándonos— nos faltaban
en la rabiosa tarde del estío.

Puedo escucharlo, doblarme con su vientre
sacudido, oír el puntapié, su sed
de cuero me seca el fondo del corazón,
me recuerda sucesos repetidos, maldición:
así murió Manuel cuando cogía

su tembloroso arroz desde las aguas,
y así Jacinto cuando en la mano opaca
pesó la eternidad de su petróleo,
y así han matado a Luis, Ramón, Emilio
porque en los puños recobraban
un terrón de su terreno en territorio propio.

Juan José ¿preguntas todavía de quién
era ese fruto? ¿De quién es la ciudad sino
del que la engendra con su arena y sufre
como tú su hambre y su gobierno? ¿Hasta cuándo
estaremos recogiendo lo nuestro desde
el suelo? ¿Hasta cuándo estarán caídos
el pan con nuestras iniciales y el arma
con que enterraron al abuelo?

Y nadie
vio tu esperanza en tu cocina o en el día

siguiente, nadie pregunta la hora de la tarde,
ni advierte tu paz pegada al paladar
desde hace siglos, desde cuando construyes
sin mirar el disturbio, siembras muriendo
con toda tu familia, retomas la cáscara
y aún la besas, aun haces las cosas,
aun haces los lugares pronunciando
tu oficio como un nuevo apellido.

IV

Juan José, también eres la patria
que nos trizan a coces. Un día, mejor
que cuando establecías tu raza de dulzura,
bajo los pies tendremos la ciudad
y la siembra, esa zona amorosa de provincia
que apretabas temblando junto al alba.

No sé cuál es tu hueso ahora, en qué sitio
de cementerio hostil me oyes buscar
tus dientes, y habla al azar a tantos
parientes míos, en la gran fosa tribal
hay manos que recuerdo, y hago señas
a una rodilla familiar, a un fémur
conocido, y a tí o a otro o a cualquier
cuerpo le digo: Pasen la voz, díganle
a Juan José, díselo tú a ellos cada día
a Pedro César que aun lo ignora, avísanos
de nuevo que esta naranja es tuya,
que son tuyas las naranjas de la tierra.
(Hoy, al partirla, ví tu camisa
goteando en paz tu sangre y tu fortuna,
cuando toqué sus gajos, te estaba
abriendo, hasta llorar, los párpados).
Verás qué hermosa puede ser la patria

restituída al humilde en su combate:
una patria llena de amor y de naranjas.
Volveremos al sitio donde el odio
descargó su furor contra tu sed plural
y antigua. Volveremos, como resaca
que la ciudad echó con su vaciante,
y he de cantar tu nombre, te he de decir
terrestre, territorio, desterrado.
Y apenas me pregunto cuántos puntapiés,
como días de plazo, nos separan.

Los hermanos
te piensan y lo saben.

Te han enviado,
como ofrenda frutal y contraseña, tu naranja.

EDICIONES

"DOMINGOS DEL PUEBLO"

Los "Domingos del Pueblo" son festivales artísticos con los cuales la Casa de la Cultura Ecuatoriana se comunica con todos los elementos activos de la sociedad que no tienen oportunidad de participar en la creación de sus artistas Y en ellos no puede faltar la poesía, el relato, el reportaje y los estudios científicos que servirán de guía para conocer el desenvolvimiento cultural de nuestra Patria.

PROXIMAMENTE: Poesía de Enrique Noboa Arízaga